

# Los arquitectos del 56

Miguel Angel Baldellou

En torno a 1955, un grupo de arquitectos, en su mayoría residentes en Madrid, tuvieron la oportunidad de encauzar sus mejores esfuerzos proyectuales en una línea marcadamente experimental.

La década de los 50 resultó fundamental para la historia reciente de nuestra arquitectura. En ella se consolidó la práctica constructiva de las generaciones surgidas en la inmediata posguerra, que de forma indiscutible consideramos hoy como el origen de la mejor arquitectura española contemporánea.

Dadas las circunstancias de todo género que condicionaron su iniciación profesional resulta a primera vista sorprendente que en tan pocos años, apenas quince después del final de la contienda, fuesen capaces, siendo tan pocos y tan jóvenes entonces, de provocar un cambio tan profundo, tan radical.

Entre las razones que pudieron justificar el cambio de mentalidad entre los jóvenes arquitectos se han utilizado las del relevo generacional, ligado al "cansancio" de la ideología dominante motivado en gran parte por un cambio tan necesario como conveniente. También, pero en menor medida, se ha subrayado el hecho de la pervivencia más o menos larvada de las experiencias racionalistas de los años 30, las promovidas por el GATEPAC y los CIAM (1924, 1929), recuperados con ocasión de las intervenciones ligadas al Instituto Nacional de Colonización, de la Obra Sindical del Hogar, del Hogar del Empleado, y de la "gestión Laguna" plasmada en las U.V.A o en los poblados dirigidos. Si en todas estas obras fué su propia naturaleza la que obligó a los arquitectos que en ellas intervinieron a buscar resolver del mejor modo posible los graves problemas económicos ajustando las dimensiones superficiales y volumétricas a los mínimos tolerables, los sistemas constructivos a la lógica más elemental, los procedimientos de puesta en obra y de montaje a una incipiente sistemática industrial, los resultados acusaron una dispersión de enfoques personales que finalmente se identificaron con elementos formales disueltos en un lenguaje sin tipificar.

El período 50-65 resultó pues, gracias a la necesidad, especialmente propicio para una experimentación centrada en el tema de la vivienda, diversificada en distintos frentes.

En ese periodo, el Concurso de Viviendas Experimentales de 1956 vino a promover la experimentación en sí misma, anterior al encargo concreto, buscando la obra desde el proyecto. Significó la inversión del proceso.

La investigación no surgía como consecuencia de un encargo sino que, al revés, de ella dependería su posible realización. Que al concurso se ligasen empresas constructivas supuso que la investigación tuviese un pragmatismo infrecuente. La importancia del Concurso no hay que buscarla tanto en las obras realizadas como consecuencia del mismo, con independencia de la calidad de algunas propuestas, sino en la actitud que promovió entre los jóvenes, que participaron en él. Es cierto que alguno de los concursantes habían desarrollado, previamente al concurso, una actitud respecto al proyecto claramente experimental. Y que lo mismo hicieron otros arquitectos que no respondieron a la convocatoria.

Sin embargo, en mi opinión, tanto los participantes en el concurso como los que conocieron sus resultados a través de su muy amplia difusión en las revistas profesionales en los años posteriores al certamen, con especial eco en "Arquitectura", se vieron en cierto sentido facultados para actuar desde entonces con una libertad nueva respecto a los convenios y, al tiempo, con la autoexigencia necesaria para tensionar creativamente sus proyectos.

El respaldo que supuso la comparación de sus resultados con los de la "Interbau" de Berlín de 1957, salvando por supuesto las distancias, afianzó un proceso que trascendió del campo de la vivienda a otros ámbitos proyectuales, facilitando el ascenso de los jóvenes "investigadores" a un prestigio profesional que hasta entonces estuvo detentado por un grupo generacional mayor, instalado con comodidad en los convenios de una sociedad conformista.

Porque me parece que, de no haber mediado el concurso de viviendas experimentales, ese acceso hubiese sido más lento y menos clamoroso. El Pabellón de Bruselas del 58 pudo marcar el culmen de una etapa que alguien definió como "furiosa". De los grandes nombres que marcaron ese impetuoso avance que pasó de la introspección a la acción, algunos son referencias fundamentales en el mismo concurso: Coderch, Valls, Barbero, Romany, De Miguel, Fisac y Sáenz de Oiza. Otros estuvieron muy atentos a sus resultados desde fuera: Sota, Corrales, Paredes, Carvajal, Cano, Vázquez de Castro. Entre todos formaron el núcleo que, primero, se opuso a la arquitectura doméstica "aceptada" que, en torno a la gran figura de Gutiérrez Soto, controlaba el mercado y las aspiraciones sociales y, después, propuso alternativas radicales desde las que la vivienda social se incorporó como tema fundamental a la "práctica teórica" de los arquitectos españoles.

Aunque el concurso se planteó extraordinariamente abierto, estuvo dominado por arquitectos radicados en Madrid pertenecientes en su gran mayoría a las promociones tituladas tras la Guerra, con una experiencia profesional media de diez años. Aun con esta unidad de procedencia, de edad, de formación e incluso de filias y fobias dominantes, formaban un conjunto disperso de personalidades como corresponde a los traumas colectivos recientes y a la distensión crítica de fondo imperante, mucho más fuerte que la aparente dictadura de unos ideales ya entonces trasnochados.

Estos grupos generacionales dispersos respondieron al concurso a pesar de sus objetivos descaradamente pragmáticos con unas soluciones en las que, curiosamente, los elementos más característicos pertenecían a los detalles formales mejor que a la estructura interna tipológica.

Por ello la aparente unidad estilística se quebró en su base, resultando imposible considerar al grupo como Escuela. Sin embargo algunos de aquellos arquitectos centraron su esfuerzo en el planteamiento de fondo del concurso situando sus soluciones tanto en la reproductibilidad de las partes (Oiza y Rodríguez Avial) o en su estudio radical (Coderch) como en la sistematización de las organizaciones.

El "equipo de Madrid" como agudamente denominó Fullaondo al grupo heterogéneo que surgió en torno al 56, devolvió al proyecto su más estricto sentido. Como proceso en el que las tensiones opuestas resuelven sus conflictos a la vez que exploran sus posibilidades dialécticas. Por ello desde entonces, y en especial para algunos de sus miembros, cualquier proyecto formó parte de uno más global al que aportaban tanto las soluciones

como sus ambigüedades y sus contradicciones. La imposibilidad de una "escuela" se forjó en la individualidad de los caminos y las intranferibles circunstancias y cualidades personales de sus protagonistas.

Algunos apoyos para la concreción del esfuerzo vinieron de fuera. De los Estados Unidos, aprendió Oiza un pragmatismo capaz de conducir su exuberante personalidad hacia la eficacia. El mismo Chueca, perteneciente a una generación anterior, ordenó las ideas sobre optimización del espacio doméstico analizando los recorridos de las piezas habitables, según había aprendido también en América. Y todos miraron a Berlín, donde a la llamada del "Interbau" del 57 acudieron los viejos maestros del exilio nazi, los desperdigados por la Guerra y los jóvenes valores europeos. Berlín se convirtió en la Meca y, casi para todos, en el primer gran viaje colectivo. Un año después, en Bruselas, el éxito del pabellón de Corrales y Molezún elevó a nuestros arquitectos al nivel más alto en la consideración de la crítica extranjera. Y con ello, aquí pudo procederse a la sustitución del liderazgo ejercido hasta entonces por los arquitectos encuadrados en la estela trivializada del que en otras ocasiones he denominado "racionalismo real", interpretado ahora en clave castiza por los seguidores del éxito del "estilo Gutiérrez Soto".

El cambio de mentalidad que puede observarse en los arquitectos del 56 respecto a sus "oponentes" instalados, no se apoyó en un ideario, imposible en sus circunstancias, ni llegó a explicitarse más que de forma difusa e incluso opuesta entre algunos de los más lúcidos del grupo. En todo caso, para la mayoría de éstos la ocasión propiciada por el concurso se inscribió en un proceso en marcha. Así, para Coderch y Valls, la actitud de la que se deriva la casa de la Barceloneta precede en cinco años al menos al Concurso y para Oiza, el poblado de absorción de Fuencarral "A" antecede en un año al mismo certamen. De entre todos, es sin embargo Oiza el "arquitecto del concurso" por antonomasia. Entre 1955 y 1959 proyecta el citado poblado de Fuencarral, participa en el Concurso y construye dos bloques derivados de su resultado, proyecta Entrevías, y un conjunto para al "Hogar del Empleado" (1956), las unidades residenciales de Calero y Erillas, el "proyecto Horizonte" y el barrio Loyola (1957), el de Batán (1959) y los bloques de Puerta del Angel (1959). Esta intensa actividad es posible gracias a la colaboración con distintos compañeros que durante un período se mueven en su órbita: Manuel Sierra, José Luis Romany, Carlos Ferrán y Eduardo Mangada.

El "grupo de Oiza" impone una actitud *desprejuiciada* en términos formales y acentúa el análisis funcional hasta puntos entonces no explorados. Del detalle al conjunto, la búsqueda de soluciones optimiza desde los sanitarios hasta el viario y su jerarquización. Cuestión de flujos, de recorridos, su arquitectura es orgánica y dinámica, pero cala y se difunde, curiosamente, gracias a algunos de sus estilemas más sencillos.

Aquella experimentación es recogida sin embargo por el veterano Gutiérrez Soto como desafío en la parcela "G" del Gran San Blas, cuando incorpora en el proyecto, en una "colaboración" muy controvertida, a Corrales, a Molezún y a Cano Lasso.

En este pequeño grupo, la figura de Corrales actúa como articulación imprescindible. Sobrino de Gutiérrez Soto, había colaborado con él en diversas ocasiones hasta 1957 y su vinculación profesional con Vázquez Molezún se consolidó definitivamente hacia esa fecha. La experiencia de San Blas, en 1958, resultó al parecer difícil para unos y otros y cerró, quizás, la posible colaboración futura entre generaciones. Sin embargo, el resultado, atribuible básicamente a Gutiérrez Soto según su propia opinión, nunca desmentida, parece indicar la importante aportación que los mejores representantes de las generaciones de preguerra hubiesen podido incorporar desde su experiencia a los arquitectos más jóvenes.

Estos, sin el apoyo, a veces incluso rechazado, de las generaciones precedentes, experimentaron con todo. A veces con exceso. Por ejemplo, el mantenimiento de las obras no fue tenido suficientemente en cuenta. Para comprobarlo, basta con pasear

nuestra mirada por las extraordinariamente "fatigadas" o envejecidas construcciones experimentales. El deterioro de sus ventanas correderas, quizás el símbolo más aparente de la época, no sólo resulta formalmente patético, sino socialmente deprimente. Una cierta actitud de suficiencia, quizás heredada y además fomentada en la Escuela sirvió para entender al usuario como culturalmente inerte y de opinión sustituible por el del arquitecto. Algo de esto aun queda entre algunos de los representantes de aquellas generaciones.

En éste sentido, la experiencia en la gestión de la autoconstrucción practicada en Caño Roto, por ejemplo, aproximó los criterios de los arquitectos a las necesidades "reales" de los usuarios, cuando ya se habían realizado demasiadas experiencias sin tenerlas excesivamente en cuenta.

Quizás un posible fallo de aquel conjunto de operaciones, estaba en la separación de intereses, quizás producto del mutuo desconocimiento entre unos y otros. Se proyectaron para un habitante "virtual", mestizo del tópico y del silencio ancestral, por unos arquitectos que confundieron, en este nivel, sus "buenas" intenciones con las necesidades reales de los destinatarios de sus esfuerzos. Aquellas "pruebas con gaseosa", nunca realizadas, que aconsejó Unamuno al "pollo" que, recién llegado a su tertulia derramó el "champan", hubiesen evitado quizás algunos errores, en todo caso menores si se considera el conjunto de lo realizado, el contexto y el esfuerzo, encauzado en un sentido formal y pragmático.

En el fondo, la ideología "de régimen" condicionó mucho más de lo que las formas parecían indicar, la actitud desde la que se afrontó la experimentación, prescindiendo, aunque se aparentase lo contrario, del problema "real", de carácter social, que se pretendía resolver.

En todo caso, tras la experiencia de esos años, la verificación de los errores y los aciertos, los arquitectos que participaron más activamente en ella acusaron su efecto en su trayectoria posterior.

Un cierto "modo" de entender el proyecto como territorio propio, ajeno al uso e incontaminado por él, desde el que proponer, a través de sus experiencias personales, una especie de juego experimental en el que la participación del usuario se producía inevitablemente según las reglas propuestas por el arquitecto.

La proclama opuesta de "todo el poder para los usuarios" nunca fue planteada. El posible camino del *Team X*, al que también contribuyó Coderch, seguido por Bakema y sobre todo por Van Eyck, resultó inviable para una generación limitada por su origen. Sólo a título individual, y a costa del aislamiento mutuo, la evolución posterior de algunos arquitectos pudo desarrollar lo que la etapa 50-65 dejó planteado.

El caso de Oiza, ya propuesto como arquitecto-prototipo surgido de la "furiosa experimentación", parece ejemplar no sólo por su actitud de aquellos años, sino por cómo, en los sucesivos, esa capacidad, entre otras condiciones, le llevó incluso a contradecir constantemente sus propios hallazgos, hasta el punto que seguir su camino ha desviado del propio posible a más de uno. Su actitud inquieta ha podido representar, como ninguna, la condición "desasosegada" de una generación (condición que ha detectado con lucidez Fernández Alba) instalada entre las fuertes convicciones heredadas y la razón de la propia intuición. La escisión continua que supone su trayectoria, sorprendente y brillante, entre lo buscado y lo hallado, componiendo con fragmentos su acción y su experiencia, es resuelta en cada caso con argumentos externos. Por ellos se enriquece y también se contamina.

En el lado opuesto, la "inquietante" serenidad de un Coderch parece estar más allá de toda contingencia. Su capacidad experimental parece fluir como continua necesidad interior.

La oposición propuesta por Gaya Nuño en torno a esos años entre ataraxia y desasosiego en el arte, parecé encontrár en éstas dos figuras sus polos ejemplares. Entre ellos se sitúan el conjunto de los arquitectos del concurso más o menos próximos a alguno de los extremos por razones derivadas del propio trabajo que les unió circunstancialmente, o simplemente generacionales o temperamentales. La posible agrupación de sus nombres por fecha de titulación no nos asegura su ubicación en ese hipotético esquema.

Cuarenta años después del Concurso, la fortuna crítica que han tenido los arquitectos del 56 ha sido muy variada. De los 51 profesionales que vieron construídos sus propuestas, tan sólo siete (Manuél Barbero, Manuel Valls, José Luis Romany, Carlos de Miguel, Franciscó Javier Sáenz de Oiza, Miguel Fisac y Jose Antonio Coderch) son citados en un trabajo de Antón Capitel que, por ser de muy reciente publicación (1995) y de carácter prácticamente exhaustivo (261 paginas dedicadas a la arquitectura española entre 1939 y nuestros días) puede utilizarse adecuadamente como contraste respecto a la proyección de su obra.

La valoración de las trayectorias del conjunto de los arquitectos del Concurso no parece haber sido determinada por aquel esfuerzo sino quizás, al revés, el Concurso ha adquirido importancia por los nombres de algunos de sus participantes. Otros, cuya labor anterior o posterior puede considerarse también meritoria, han sido olvidados por un proceso en exceso condicionado por la publicidad que mereció en su día su obra. En este sentido cabe preguntarse qué fué de Doménech Torres (t.1940) que construyó con "Borrell", de Cavestany (t.1951), que lo hizo con "Previsión Industrial", de Sobrini y Olasagasti (1939), que trabajaron con "Gambos y Pereda", de De la Vega Samper (t.1926) cuyo constructor fué "Merino" y que antes de la Guerra dejó obras racionalistas interesantes en Valladolid. O de Antonio Cámara (t.1932) que trabajó con "Prefabricados y C.", de Manuel Campos (t.1944) que lo hizo con "Orive", de Casimiro Iribarren (t.1951) con "Conde-Abreu", de Juan Manuel Cárdenas (t.1947) y Francisco Lázaro Cabrera (t.1954) que trabajaron para "Entrecanales", de Felipe Heredero (1924), Zacarías Malumbres (t.1949) y Carlos Sobrini (t.1952) que lo hicieron para "Huarte". Para "Agromán", trabajaron Joaquín Barquín (t.1948), Francisco Riestra (t.1946), José María Arrillaga (t.1922) con interesantes obras en preguerra y Fernando Bello (t.1948). Con "Dragados y Construcciones" trabajó Luis de Sala (t.1921), también con interesantes obras en el periodo racionalista. Con "Ponte-Rivero", trabajó Miquel (t.1956). Con "Aguiló" lo hizo Capell (t.1954), y con "Salañueva", Jacinto Vega (t.1949), Cavestany (t.1951), Salvador Gayarre (t.1935) y Miguel de los Santos (t.1919) que alcanzó su mayor relieve con las obras de la Ciudad Universitaria. Para "Colomina y Serrano" trabajaron Fernando Casinello (t.1954), Ignacio Bosch Reigt (t.1933) y José María Bosch Aymerich (t.1948). Para "C.Oscar" lo hizo Juncosa (t.1928). Adolfo López-Durán (t.1932), trabajó para "Otonini y Romero". Juan Manuel del Busto (t.1929), con obra fundamental en Asturias, y su socio Manuel Díaz López-Negrete (t.1947) trabajaron en el Concurso con "Fomentos y Obras". "Mato y Alberola" trabajó con el proyecto de Manuel Basterreche (t.1942). Bartolomé Llongueras (t.1940) y Carlos Marqués (t.1940) proyectaron para "Sala Amat". Para "Helma" lo hicieron José Luis Romany (t.1950) y Eugenio Sánchez Lozano (t.1918). Guillermo Giráldez, Pedro López Iñigo y Javier Subías, titulados en 1951, trabajaron para "Cubiertas y Tejados"; Ignacio Alvarez Castela (t.1936) y Luis Cubillo (t.1951) para "Asturiana", Manuel Sainz de Vicuña (t.1944) y Luis Esola (t.1940) para "Velázquez"; Antonio Delgado (t.1929), fundamental en el panorama andaluz, para T.E.I.S.A, Luis Albin (t.1943) para "CELETIP" y Mariano Garrigues (t.1928) para "Vanderberche".

Aparte Miguel Fisac (t.1942); José Antonio Coderch (t.1940) Francisco Javier Sáenz de Oiza (t.1946), Carlos de Miguel (t.1934) los ya citados Valls y Romany, trabajaron respectivamente con "Doisol y Ecisa", "Ingar", "San Martín", "Saconia", "Ytongs Hispano Luso" y "Helma".

En la nómina anterior, en la que quizás falte algún nombre a pesar de su extensión, aparecen no sólo apellidos ilustres de la arquitectura sino también los de importantes

empresas constructoras, sin cuya colaboración el Concurso hubiese sido muy distinto. Alguna colaboración iniciada entonces continuó por muchos años con magníficos frutos. Si en aquellos momentos los resultados tuvieron bastante coherencia, ¿en qué se fijó la crítica para distinguir los caminos de unos y de otros, de modo que la mayoría desapareció de las publicaciones posteriores?

¿Que hizo que, para tantos, el Concurso no supusiese una inflexión sino una circunstancia más en su carrera?. Parece razonable pensar que el "olvidado" Concurso fué sólo una ocasión aprovechada por quienes, de algún modo, la esperaban. Algunos que estaban concursando consigo mismo de forma habitual y, naturalmente, no dejaron de hacerlo. Quizás, para casi todos, sólo fué un raro concurso, no repetido, perdido en su singularidad y al margen de una dinámica cuyos derroteros no coincidían con sus propósitos. Otro más.